



Suspiró como quien reniega de su imprevisto pesar. En un arrebato de manía, arrojó la pluma con expresa pulcritud, para luego apoyar, pensativo y refunfuñante, el codo sobre la mesa y su mano en la frente. Se refregó el rostro de una manera pronunciada, pretendiendo de esa forma quitarse la discordia de encima, pero de nada le sirvió pues las ideas no proliferaban. Ante la necesidad de un descanso, fue entonces oportuna la interrupción del canónigo, que desde hacía unos minutos, buscaba un libro entre los estantes del fondo.

Wuila Ckollo*

Por Matías Ortega

-Mariano, tengo algo que te puede interesar- le dijo la difícil voz del Padre Terrazas, mientras se acercaba hacia él con un paso lento. A centímetros de la hoja, el Padre depositó un libro de tapa verde y un título sugerente se hizo visible de inmediato. Las letras impresas hicieron que Mariano, sin darse cuenta, las pro-

nunciara en voz alta. Su voz delató la curiosidad que había surgido en él y entonces, como un acto reflejo, dejó que su boca seca se manifestara como si fuese independiente de su mandato y la escuchó decir: *“El Contrato Social”*.

Cuando el joven pudo recuperar el dominio de sus palabras, preguntó lapidario: “¿por qué esta obra habría de interesarme?”. Ahora, se encontraba mirando de perfil al Padre, quien al escuchar su respuesta, sonrió de una forma irónica, pocas veces vista en una persona de su serio carácter. Pensó dos veces lo que le iba a contestar y mirándolo a los ojos de forma imperativa, le dijo: “Simplemente porque esa ‘obra’ -a esta palabra le dio un tono burlón- es una bisagra. Eres joven todavía, pero entenderás que lo que ahora tienes en tus manos va más allá de cualquier manual de Derecho, más allá de cualquier libro de política”.

Mariano percibió con atención el consejo del Padre Terrazas, confiaba en su sabiduría. Algo lo diferenciaba del resto de los eclesiásticos, seguramente ellos nunca osarían hablar de Tupac Amaru como *“aquel airoso insurrecto que ofuscó con grandeza los intereses del vestuoso régimen colonial”* porque para “ellos”, era *“más cómodo esconderse en la enorme artimaña de la Corona y así salvaguardar sus propios egoísmos”*. El joven veía en él una fuente de discernimiento invaluable, un carácter sencillo y una fe inquebrantable en el hombre y en el cambio.

Mariano volvió la vista al texto y sintió cómo los pasos del padre se esfumaban, primero alejándose de la humilde biblioteca y luego, desvaneciéndose por el pasillo central. Ahora escuchaba el silencio que lo envolvía mientras se rozaba el mentón con los dedos pero, indiferente a la soledad de la biblioteca, comenzó a ojear el libro que parecía llamarlo desde la cómoda postura que había tomado sobre la mesa. La tapa polvorienta quedó atrás para que se vislumbraran las primeras letras, aunque éstas eran las del Padre que en forma de anotación, había dejado una frase llamativa. Una cita del propio autor que decía algo así como: “El hombre es libre, pero en todos lados se halla encadenado”.

Mariano, perplejo, recordó esta frase; no pasó mucho tiempo para que se convirtiera en su máxima predilecta. Las hojas de aquella obra comenzaron a desfilarse rápidamente an-

Matías Ortega es Ayudante Alumno del Taller de Comprensión y Producción de Textos I, FPyCS, UNLP.





te la atenta lectura del estudiante, sumido en una inexorable atmósfera de reflexión y pensamientos congénitos sólo la interrumpió para prender la vela, y de esta forma, evitar que las penumbras lo abarrotaran del clima que había creado.

La noche había caído y en el rincón posterior de la biblioteca una débil luz peleaba por no sucumbir frente a la oscuridad. El joven parecía pestañar al son de las palabras y de forma inconsciente, rechazó el frío, que lo fastidiaba dándole heladas caricias en el cuello. Tal era su atención que su cuerpo le pidió a gritos un descanso y cuando la vela languideció ahogada en la cera, se derrumbó dormido en la mesa con el libro como almohada y la oscuridad como abrigo.

Adicto a sus costumbres cristianas y fiel creyente de que “al que madruga Dios lo ayuda”, el Padre Terrazas se dirigió a la biblioteca ni bien el sol asomó por el cerro. Grata fue su sorpresa al ver al joven adormecido con el rostro pálido sobre la mesa de estudio. Por un segundo, creyó lo peor. Al sentir que Mariano respiraba, su alma le regresó al cuerpo. Tomándolo del hombro, lo movió lentamente al llamado de “Hijo despiértese”, y a éste le costó abrir los ojos; incluso, rezongó balbuceando unas palabras incomprensibles, todavía sin advertir donde se encontraba. El padre Terrazas sonrió cómplice y al ver el libro donde el joven estaba reposado, se sintió un poco culpable. Si bien Mariano quiso cerrar los ojos y seguir soñando, la luz que ahora penetraba desde afuera se lo impidió, entonces miró a su alrededor, bostezó y se desperezó de una forma prudente. Al incorporarse se sintió mareado. Era entendible esa sensación después de haber dormido sentado.

-Perdóneme padre, no era mi intención causarle una molestia.

-Despreocúpese hijo, todavía no entiendo cómo hizo para dormir en esa postura, pero veo que el libro le ha resultado interesante...

-¡Más de lo que usted se imagina padre!

Mariano le pidió permiso para ir a lavarse la cara; todavía su semblante delataba una noche incomoda. Cruzó la biblioteca y tomó el pasillo, la segunda puerta a la derecha daba entrada al baño. Allí se despabiló por completo cuando el agua fría tocó su piel, primero las manos y después el rostro. Pensó que había quedado descortés por haberse dormido en la biblioteca.

En aquel lugar, había conocido a varios intelectuales, pero fue allí donde conoció a su más insigne amigo, un joven perspicaz llamado Julián. Ese mismo que ahora le hablaba en el comedor sobre unos planes extravagantes y agitaba los brazos aparentando decir algo importante.

-Mariano, mi padre me ha pedido que viaje a Potosí, el trayecto dura unos cuantos días pero iré en diligencia, ¿cuento con tu compañía?

El joven de pelo rizado se rascó la cabeza incordioso y dubitativo, se mordió los labios como si esa acción le ayudara a encontrar una respuesta porque en su interior sabía que no toleraría negarse a semejante petición. Desde su arribo a la ciudad de Chuquisaca, pocas veces había salido a conocer los paisajes del Virreinato, sentía una curiosidad innata por aquella ciudad colonial que en los libros era descrita como “*la hermosa y brillante urbe, como las luces y el esplendor europeo pero en América*”. La decisión no le tomó más de unos segundos, las facciones entusiastas y expectantes de Julián también ayudaron a que Mariano optara por emprender ese éxodo.





El viaje de ida pasó sin pena ni gloria entre debates políticos afiebrados y nimiedades; poco les importó haber estado cuatro días viajando cuando conocieron el centro de la ciudad.

Lo primero que cautivó su inexperta atención fue la Iglesia, minuciosamente ornamentada con oro y plata el solo verla generaba estupor; las decoraciones de la fachada frontal delineaban los finos rasgos provenientes del más virtuoso orfebre y sus columnas no tenían nada que envidiarle al Partenón. Hasta las enormes cúpulas cilíndricas demostraban la ostensible expresión de la religiosidad. Los jóvenes, estupefactos con lo que su visión les traía, siguieron su camino absortos por el petulante panorama, hasta llegar a una casa antigua de balcones descuidados y ventanas sencillas. Su transporte se frenó justo en frente de la puerta. Julián comentó que la reunión que lo esperaba iba a ser sumamente fastidiosa, ya que trataría temas que no le incumbían a él, pero sí a su padre. Por eso le ofreció a Mariano que fuera a recorrer la ciudad para evitar el hastío. Convinieron encontrarse a determinada hora en aquel mismo lugar y así ambos tomaron su respectivo camino, uno tocó la robusta puerta de aquel domicilio y el otro se alejó caminando y observando todo a su alrededor.

Con las manos en los bolsillos, Mariano transitó gran parte del pueblo; traspasó con facilidad los callejones angostos donde unos niños correteaban, observó unos teatros que le recordaron a la comedia griega y sintió incomodidad porque los gallegos de levita lo miraban con recelo, engreídos seguramente porque sus caballos tenían herraduras de plata. Desde su llegada, había notado que en las afueras de la ciudad se vislumbraba un fastuoso cerro; se imaginó que se trataba del Cerro Rico. Aquel que los nativos resguardaron para un futuro¹. Le pareció infaltable ir a conocerlo para completar su itinerario en la ciudad de Potosí.

Allí vio lo que era realmente la *Babilonia Americana*. Vio a los indígenas degradados por el incesante trabajo, el mismo que los encadenaba día a día a las minas de plata y oro y les mostraba que su libertad se limitaba al pico y al látigo ajeno que les marcaba la espalda como el hierro caliente marca al ganado.

Se sintió culpable, se sintió cruel, tenía ganas de llorar pero sus lágrimas se negaron a salir, absortas por el infernal paisaje. Frente a sus ojos, desfilaban los restos de los Incas, pero -lejos de aquel esplendor de la civilización de Viracocha- a estos seres se les complicaba caminar debido a la inhumana carga de metales que sus cuerpos debían soportar. Sin fuerza, golpeaban las rocas en búsqueda del *vil metal* y soportaban el inoportuno frío y los gritos del capataz, que basaba su poder en la fuerza bruta de un mero azote y el dolor que este causa al golpear en el moribundo cuerpo y, después del golpe, el grito y el llanto, y en la mirada un aullido pidiendo basta.

Los nativos se sumergían en la oscuridad de los túneles subterráneos para salir a la superficie cubiertos de tierra y revestidos de indigencia, temblando cada vez que sus pies descalzos pisaban una piedra. A flor de piel se veían los estragos del hambre, las marcas de la dominación y el pesar del vasallaje, y en un costado las mercancías obtenidas, el oro brillante e inofensivo que escondía en su luz la sangre de varias generaciones y el suelo que absorbía impiamente las gotas de sudor. La tierra ya no era negra, sino roja. Esas minas eran profundas galerías de riquezas por donde merodeaba la miseria, despiadada e impune como Cortes y Pizarro.

Una incontrolable ira creció en el interior del joven que observaba crispado la fatalidad a la que eran sometidos esos hombres. Se agarraba la cabeza con rabia como para arrancarse las emociones, apretaba los dientes, y el corazón le latía más fuerte con cada golpe





en las piedras, con cada grito de súplica. En ese momento, deseó poder liberarlos, pero su cuerpo estaba inmóvil, la estupefacción era más fuerte.

A pocos pasos un joven nativo cayó en el suelo. Sus ojos estaban perdidos en algún punto distante, como añorando el final de su martirio, deseando perderse en la muerte. Sus brazos, derrumbados en el piso, parecían extremidades inertes y las costillas delineaban de una forma calamitosa la silueta del pecho. Mariano corrió hacia él, se arrodilló para ayudarlo a levantarse. En ese instante, sintió algo frío en su sien, de reojo notó que el capataz lo apuntaba con un arma.

-¡Oye tú niño! Vete de aquí sino quieres morir como él- le dijo el capataz desde su posición amenazante.

El indígena miraba a Mariano desde el suelo. Estaban tan cerca pero una atroz distancia los separaba e impedía que se ayudaran mutuamente. Ambos se encontraban encadenados en el mismo destino, ambos sentían el final tocándole las espaldas.

El capataz le apuntó al nativo, apretó el gatillo y disparó una sola vez, no perdió más tiempo y a los gritos ordenó que el trabajo continuara. Pero aún el sonido del disparo resonaba en las alturas. El atronador zumbido se hizo eterno en los oídos de Mariano. El tiro había matado a ambos jóvenes: no sólo al que yacía desangrado en la tierra, sino también al que había visto como la vida de otro se apagaba frente a él, cómo la esclavitud le abarrotaba el cuerpo y cómo su verdugo huía ante la mirada de la Pachamama. Ese joven, ocultando su rostro entre las manos, dejó que sus ojos soltaran infinitas lágrimas y así se agachó para despedirse de su semejante. Entre el sollozo juró que daría la vida para cambiar esa infame realidad.

Con los puños apretados por la furia y los ojos todavía húmedos, Mariano se paró, se quitó el saco y tapó el rostro del nativo. Se dio vuelta pero no pudo alejarse de ese lugar. Esa angustia, que ahora sentía, estaría presente en él por el resto de su vida. De una cosa estaba seguro: esos golpes en las rocas tarde o temprano cesarían.

Notas:

* *Wuila Ckollo*: en aymará equivale a 'cerro de sangre'.

1 " *Dios reserva estas riquezas para los que vienen de más allá. No saquen la plata de este cerro porque es para otros dueño*".

